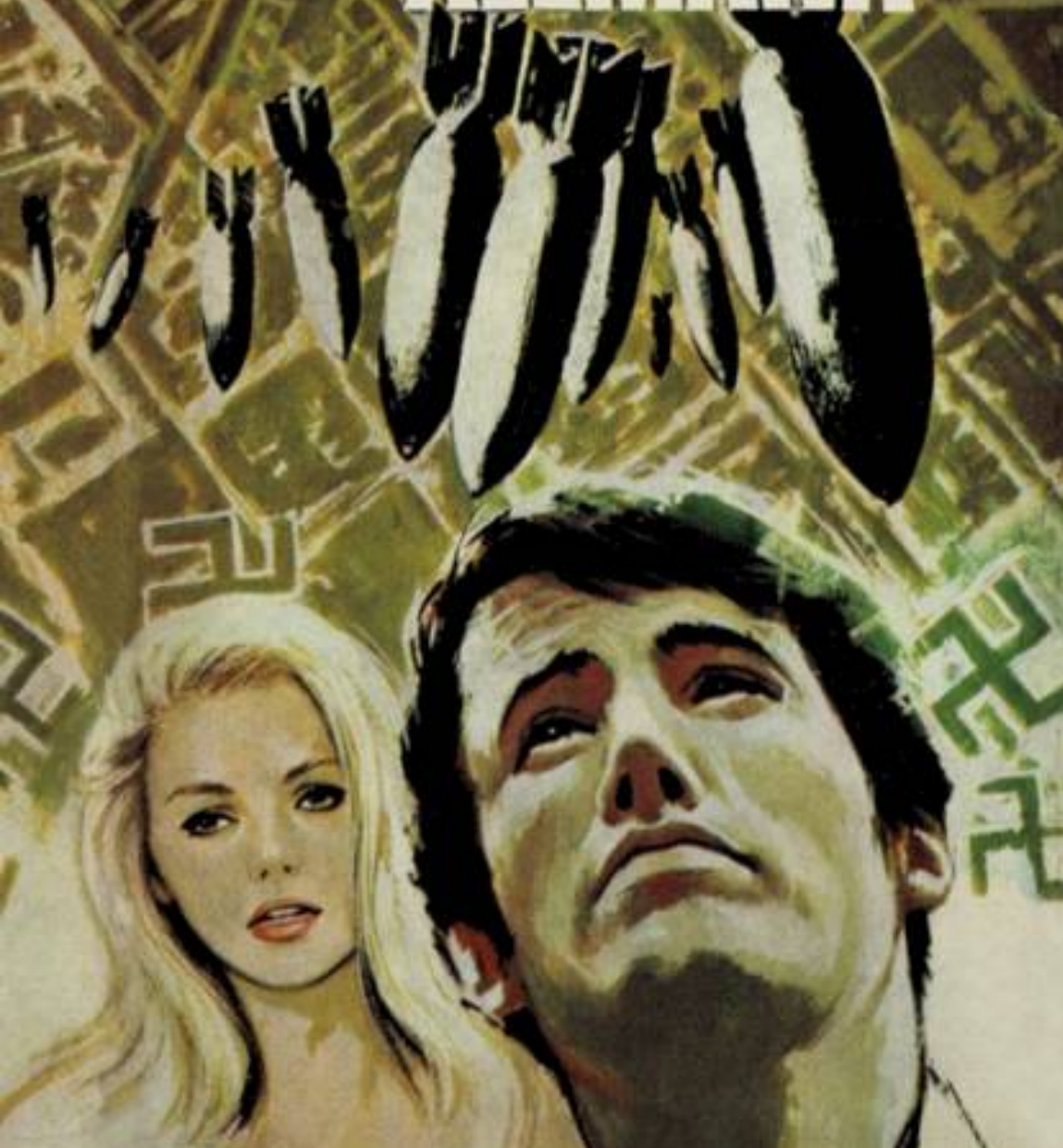


Jacques Peuchmaurd

# LA NOCHE ALEMANA



Un escritor, Simon, pasa una temporada en la casa de campo de Jérôme, su amigo íntimo de juventud. Éste último, harto de la vida urbana de París, al heredar una finca, deja su carrera de ingeniero industrial y se entrega de lleno a la bucólica vida del campo.

La visita de Simon persigue un fin concreto: la necesidad de librarse de algo que le preocupa, su actuación durante la Segunda Guerra Mundial. Él, que no fue combatiente ni «resistente», es conceptuado como traidor.

Simon quiere reivindicar su inocencia. Y en días sucesivos, en la biblioteca, en la terraza, en la campiña que le rodea, Simon, en compañía de su amigo, inicia el examen de la época más tenebrosa de su vida: la época de la guerra y de la ocupación alemana. Se ha jurado ser sincero, no ocultar nada. Y lo hace.

*A Marc.*

*Si hemos escrito algo para nuestra instrucción o para el alivio de nuestro corazón, puede muy bien ser que nuestras reflexiones también sean útiles a muchos más; pues, nadie está solo en su especie, y nunca somos tan verdaderos, ni tan vivos, ni tan patéticos, como cuando tratamos de las cosas que nos afectan a nosotros mismos.*

VAUVENARGUES

1

Simon ha dejado su coche en el camino. Se adentra bajo los castaños. El aire es fresco y húmedo.

—¡Vaya! —exclama Jérôme.

Se abrazan.

—¡No te esperaba! ¿Qué te trae por aquí?

—Todo y nada. He tenido ganas de verte. ¿Te estorbo?

—Tú no estorbas nunca. ¿Estás de paso o te quedas?

—Si es posible, me quedo.

—¿Para dormir y caminar, como de costumbre?

—¡Exactamente!

Se dirigen hacia el coche. Jérôme es alto y delgado; Simon, más bajito y rechoncho. Hace veinticinco años que van así, juntos, con las intermitencias del corazón y de la vida. Desde que Jérôme se afincó en Combe-Seigneur, Simon ha ido dos veces.

—¿Cómo está Clémence?

—Bien. Se queja de las piernas y de los años. En realidad, se encuentra muy bien. Ayer o anteayer, precisamente habló de ti.

Jérôme abre el portón de hierro que, entre sus pilares de asperón rojo, señala la entrada al castillo. Al otro lado del camino, sobre más de veinte metros, el viejo granero extiende su muro ciego. La granja está detrás. Simon maniobra y estaciona su coche bajo el secadero de nueces, al lado del de Jérôme.

—¡Qué silencio!

Zumbidos de insectos, gorjeos de pájaros, un cloqueo de gallina: nada más. Es un agua fresca, que Simon aspira para lavarse de los ruidos de la carretera.

—No sabes la felicidad que tienes —dice.

—Sí —contesta Jérôme—. Todas las mañanas, cuando abro mis ventanas sobre el valle, sé que comienza una jornada durante la cual seré feliz.

Jérôme tiene cuarenta y siete años. Hace cuatro, siendo director comercial de una gran marca de neumáticos, estaba a punto de ser nombrado director general cuando Madame de La Peyre, su tía, cuyo heredero único era él, murió y le dejó Combe-Seigneur: el castillo, la granja y veinticinco hectáreas de buena tierra, lo cual es considerable en la comarca. Madame de La Peyre tenía noventa y un años; hacía más de medio siglo que reinaba sobre la buena sociedad de la pequeña región que se extiende desde Turenne, Collonges y Meyssac hasta Saint-Denis y Vayrac, a caballo sobre el bajo Lemosín y el alto Quercy. Era una señora; Puybier —es el nombre de la aldea— le hizo un hermoso entierro. Jérôme permaneció ocho días en Combe-Seigneur. Solange, su mujer, y Sophie, su hija, se fueron la noche misma después de la ceremonia: aborrecen el campo y, por lo general, todo cuanto le gusta a Jérôme. De regreso en París, su decisión estaba tomada: se afincaría en Combe-Seigneur. Siguió una guerra de varios meses: contra su presidente-director general, que le ofrecía un puente de oro con tal de que se quedase; contra Solange, que rechazó de plano ir a «enterrarse viva». Jérôme no cejó: hacía mucho tiempo que había agotado los placeres del trabajo forzado, cualquiera que fuese el cargo, y del matrimonio con una mujer como Solange, por muy guapa que fuera.

—No he vuelto a ver a Solange —dijo Jérôme—. Sé, por Sophie, que pasó por aquí recientemente, camino de España, y que se dispone a pedir el divorcio; sólo deseo que no cambie de parecer. En el fondo, todo eso me da igual. Mi vida parisiense está tan lejos de mí, que, a veces, me pregunto si soy yo de veras quien la ha vivido.

Están sentados en la terraza, al otro lado del castillo. Tenían delante un dilatado paisaje de valles y colinas, de bosques, prados y cultivos, limitado en el horizonte por la estri-

bación del Macizo Central. Detrás, estaba el castillo: una edificación de dos pisos, el segundo, abuhardillado, cubierta de un grueso techo de pizarra, horadada de tragaluces y rodeada de dos torres: la redonda, que es antigua, del siglo XIV, y la cuadrada, que data de fines del XIX, época ésta de prosperidad, antes de la crisis de la filoxera, cuando la antigua casa solariega cobró el aspecto que ahora tiene. En la misma terraza, un viejo tilo, cuyo tronco rodea un banco. Al pie, descollando en el parque, mitad jardín de recreo, mitad huerto, píceas y fresnos. Más allá, al otro lado de la tapia, comienzan los nogales. En las cercanías, no se sabe dónde, zumba un tractor.

—¿Sigues con el mismo aparcerero?

—Sí, François. Es un chico trabajador, serio, y nos entendemos bien. Tenemos un montón de proyectos para mejorar la finca.

—Te tomas en serio tu papel...

—Más de lo que te imaginas, He descubierto que se puede vivir muy bien en el campo y del campo. Una propiedad como ésta, explotada como es debido, mantiene con holgura, y sin mucho trabajo, a toda una familia. Ya verás; es apasionante.

—Nunca hubiese creído que acabarías agrónomo.

—La vida no se discute: hay que vivirla. No he venido aquí para adormecerme, sino para vivir a mi gusto. No se vive sin hacer nada, es decir, sin crear, de una manera u otra. Tú escribes libros, y yo planto; bueno, aprendo, ayudo a plantar. Aprender y hacer es buena parte de la felicidad.

—Es extraordinario —dice Simon—. ¡No hemos cambiado desde que teníamos dieciocho años! Seguimos creyendo en las mismas cosas, seguimos buscando las mismas cosas.

—Cada vez más, incluso, y cada vez mejor. Es porque hemos tenido buenos maestros y porque somos fieles... A propósito, ¿qué te ha traído por aquí? Conociéndote, sé que algo te propones.



—Evidentemente —dice Simon.

Alarga su paquete de cigarrillos a Jérôme, que rehúsa.

—Ahí va...: pienso en un nuevo libro, pero no sé muy bien qué va a ser. Todavía estoy a oscuras. Lo único que sé es que no tengo ganas de contar una historia. Lo que el novelista inventa, intriga, personajes, no me interesa, o poco. Sólo me importa el autor.

—Lo que piensa, lo que cree...

—Sí, lo que es. He aquí por qué me gustaría que mi próximo libro fuera una búsqueda del hombre que soy. Quisiera llegar a saber quién soy a la luz de lo que he sido, de lo que he hecho. ¿Comprendes?

—Perfectamente. Y crees que el hecho de estar aquí te iluminará...

—El hecho de estar contigo, sobre todo. Espero de ti que me ayudes a ver claro en mí.

—Bueno —dice Jérôme—. ¿Y qué habrá que hacer?

—No lo sé... Hablaremos.

—He olvidado hablar. Más que nunca, soy un rumiante.

—Yo, también. Dos ruminantes juntos, mascando y volviendo a masticar la misma hierba, pueden dar algún resultado.

—Tal vez —dice Jérôme—. Al principio, habrá que avanzar despacio.

—¡No temas! La empresa me parece tan difícil que será prudente, sobre todo conmigo.

—Cuidado. ¡Estaré yo!

Se oye un coche. El conductor cambia de velocidad donde Simon lo hizo poco antes, en el sitio donde la cuesta se empina y el camino se estrecha entre dos edificios en ruinas; luego, el ruido se pierde detrás del castillo.

—Son Martine y Clémence, que regresan de Bussac —dice Jérôme—. Hoy había mercado...

Se levantan, cruzan la gran sala, de un ventanal a otro, y aparecen en la escalinata baja que da al patio de los castaños en el momento que Clémence traspone el portón. So-

bre sus cabellos blancos lleva un sombrero de paja negra; avanza con paso todavía firme, con una cesta en cada mano. Se para y ladea la cabeza para reconocer al visitante.

—¡Ah! ¡Monsieur Simon...! Precisamente le decía a Monsieur Jérôme, ayer no más, que me extrañaría mucho no tener visita de usted.

—¡Pues estaba usted en lo cierto! Vengo a estorbarles durante unos días.

Ha dejado las cestas y tiende la mano.

—¿Estorbar aquí? ¡Mucha gente haría falta...! ¡Si, al menos, pudiera usted sacar a Monsieur Jérôme de sus vacas y de sus máquinas! ¡Es de locura!

—¡A no ser que yo me meta a ello, también!

Clémence alza los ojos implorando al cielo.

—¡Bueno! —dice—. De todos modos, voy a preparar el almuerzo.

(En esta región, como casi en todas partes en el campo, almorzar y cenar han conservado su sentido antiguo: se almuerza a mediodía y se cena por la noche).

Clémence da algunos pasos y se vuelve:

—Monsieur Simon querrá, sin duda, dormir en la torre...

—Sí —dice Jérôme—. Y comeremos en la sala pequeña.

La torre redonda, hacia la cual se dirige Clémence, comunica en la planta baja, por algunos peldaños, con una casa de tres piezas, agazapada también bajo un techo de pizarra, que es la vivienda de Clémence y de Baptiste. Esta casa, a la que llaman «la choza» por comodidad, hace ángulo recto con el cuerpo principal del castillo; el secadero de nueces la prolonga. Por ello el patio queda cerrado al Oeste. Del lado opuesto, más allá de los castaños centenarios, se extiende desnudo entre las dependencias de la casa, hasta una verja siempre abierta sobre el «camino de abajo» y un hermoso bancale plantado de nogales.

—Ya no oigo el tractor —dice Jérôme—. Deben de ser las doce y media.

Han salido de la penumbra de los altos árboles. El cielo es gris, cruzado por lentas nubes, detrás de las cuales se adivina el sol. El aire huele a vacas.

—Normalmente —dice Jérôme—, en esta época del año se huele a piedra caldeada. Todo está seco, achicharrado. Los pájaros callan y las cigarras cantan. Entonces, se sabe que se está en el Midi.

Una familia de ocas —tres ocas y un ganso— aparece en la verja. Jérôme los echa.

—Son las ocas de Baptiste —dice—. El encurtido aparte, no me gustan esos animales. No obstante, pueden dar buen rendimiento: un granjero de este término municipal ha iniciado la cría en grande. Creo que le da muy buen resultado.

François llega por el camino de abajo. Contrariamente al tipo del país, es alto y enjuto. Los ojos, profundamente hundidos, son vivos y risueños. Se saludan.

—Buen tiempo para labrar —dice—. La tierra es blanda.

—¿Empiezas con la haza grande esta tarde? —pregunta Jérôme.

—En cuanto haya terminado con ésa. No tardaré mucho, con este tractor... ¡Andando! Es la hora de la comida. No hay que hacer esperar a la vieja —añade, riendo.

—El viejo Jubert murió hace diez años —explica Jérôme, mientras regresan al castillo—, y la vieja sigue aquí. En este país, donde los ancianos siguen siendo los amos hasta mucho tiempo después que sus hijos se han casado, la madre es quien rige la casa. No se debe disgustarla. Afortunadamente, en el caso de los Jubert, suegra y nuera se entienden bien. Una se ocupa del huerto y de la cocina; la otra, de los niños, dos hijas y un hijo, de quince a nueve años, y de los animales. Cuando se tercia, Martine trabaja también en los campos con su marido.

—Que yo sepa, es feliz: François es un buen marido. Además, ya no son esclavos de la tierra, como lo eran todavía sus padres: tienen máquinas y no carecen de mano de

obra. Baptiste, aparte de sus funciones oficiales, que no son muy absorbentes (es el sepulturero de Puybier y del municipio vecino, Pérignac), les echa una mano. Además, tienen un mozo, un hombre de cuarenta y cinco años venido de la Alta Corrèze. Saben disfrutar de los domingos y de los días festivos, reciben gente, son recibidos...

Suena una campana.

—El almuerzo está listo —dice Jérôme.

Toman el café en la terraza, delante del ventanal. El tractor de François está en marcha de nuevo; se oye otro hacia Chassagnol.

—Pronto no habrá silencio ni siquiera aquí —dice Jérôme—. Siempre hay un ruido de motor que se arrastra en el valle, sobre todo, en esta estación: un tractor, un coche, un ciclomotor, una máquina cualquiera. La semana pasada, hubo un verdadero concierto de cosechadoras. No se le puede hacer nada... Sin duda, soy el único del Municipio que sé trasladar a pie. Para bajar a la tienda de comestibles y estanco de Soulier, a ochocientos metros, se toma el coche o la «Mobylette».

—El ruido tranquiliza —dice Simon—. El silencio da miedo: es como un aposento vacío, como una celda. ¿A quién le gusta vivir en una celda?

—¡A nosotros! —dice Jérôme, riendo.

—¡Es lo que pretendemos...! Habré pasado la mitad de mi vida soñando con un retiro, con un desierto y, la verdad sea dicha, con un monasterio. Soñar es fácil, pero no todo el mundo tiene el valor de vivir en «solitario».

—¡He aquí por qué he preferido Combe-Seigneur a la Trapa! Una amable soledad como ésta es lo que necesito. No estoy aquí fuera del mundo, sino en el mundo que me gusta. El otro, ese que se agita en las columnas de los periódicos y en las pantallas de Televisión, ya no me interesa. Demasiado sé, a pesar de lo que pretenden hacer creer,

que no ejercemos influjo sobre él. No tengo fuerzas para luchar contra molinos de viento de palabras o de plegarias, trituradores de mentiras y de ilusiones. No, no tengo ya bastante ánimo para batirme contra las propagandas. Vivo muy bien sin diarios, sin Radio ni Televisión.

—Yo me creo obligado a leer cada noche un diario. Al parecer, hay que estar al corriente... A veces, tropiezo con un artículo que me interesa o me instruye, pero suelo extraviarme de Brazzaville a Zanzíbar, de Lagos a Kinshasa para enterarme de que un rey negro, cuyo nombre jamás recordaré, acaba de echar a otro rey negro cuya existencia yo ignoraba, para sacar a sus partidarios de la cárcel y meter en ella a los del otro; de que ha habido tres muertos y quince heridos y de que, evidentemente, ahí debe verse la mano de los rusos, de los chinos o de los americanos, cuando no la nuestra. ¡Qué me enseña eso sobre el hombre que no sepa ya!

—¡Porque no existe término medio, Simon! O se retira uno totalmente, como he hecho yo, y no se presta atención más que a sí mismo y a unos cuantos más o, quedándose, se ve arrastrado a intervenir en todo, es decir, en nada, a tener ideas sobre todo, es decir, a no tener ya ninguna, y, lo que es más grave, a no «hacer» ya nada. La nada. En el mundo, se baraja la nada: no se puede aguantar toda una vida.

Se levanta, desaparece en la sala y vuelve con un libro en la mano.

—Es Chamfort. Hace muy poco que he descubierto esta frase suya: «Se es más feliz en la soledad que en el mundo. ¿Será porque en la soledad pensamos en las cosas, y porque en el mundo estamos obligados a pensar en los hombres?».

Deja el libro sobre la mesa de mimbre.

—He necesitado esta máxima para comprender que había escogido las cosas. Ni aun confusamente lo supe en seguida. Había rehuido el mundo, sí, mas ¿para qué? El pri-

mer año que me afinqué aquí, no hice más que disfrutar de la paz, del tiempo, de la Naturaleza. Bastaba para mi felicidad. Me lavaba de los hombres. Y, después, me puse a «pensar en las cosas», en las que me rodean: los campos, los árboles, las casas, las máquinas. Empecé a «hacer». El pensamiento de las cosas me ha librado por completo del pensamiento de los hombres.

Simon carga su pipa.

—De todos modos, piensas en François, en Martine, en sus hijos. Hasta tratas de hacerlos felices.

—Una acción siempre tiene un sentido, y tanto mejor si lo que he emprendido aquí, modestamente, hace la felicidad de unos cuantos. Pero entre esos pocos de aquí y los «hombres» hay un abismo. Aborrezco a quienes quieren hacer la felicidad del género humano, de los hombres en general, del «hombre», como dicen ellos, pues éstos pierden de vista a los seres. Nosotros estamos situados para saber que son unos criminales. Ocuparse de algunos hombres que nos son bien conocidos, es otro cantar. Es un cantar de hombre, y de hombre a hombre.

—Eres un señor feudal.

—Si ser un señor feudal es pensar que se tienen deberes para con todo cuanto depende más o menos de uno mismo, acepto el título con sumo gusto.

Comparece Clémence con una bandeja en la mano. Pone en ella las tazas y la cafetera. No dice nada por no interrumpir la conversación. Es Simon quien pregunta:

—¿Y Baptiste?

—Está con nuestros primos de Chassagnol. Ayuda en la siega. Andan rezagados, allá.

—Este año no hay quien lo entienda —dice Jérôme—. ¡Aquí llueve, y a tres kilómetros, ni una gota! Unos labran mientras los otros siegan.

—No se sabe siquiera en qué estación estamos —dice Clémence—. Esta noche creo que voy a hacer un poco de

lumbre en su habitación, Monsieur Simon. ¡Con el tiempo que hace que nadie se ha alojado en ella!

Simon da las gracias y Clémence se va.

—Te quiere mucho —dice Jérôme—. Es una suerte. Aquí, ella es la verdadera dueña.

—Le has devuelto una razón de vivir, una nueva juventud.

—Al principio, creyó que era una cabezonada. Casi me guardaba rencor. ¡Como si yo jugara con Combe-Seigneur, a mi edad! Ahora, rezonga porque me ocupo de la finca, pero, en el fondo, está encantada.

Se llega a la habitación de la torre por el pasillo galería que, por el lado del patio, comunica todas las habitaciones del primer piso. Al final, una puerta baja descubre un estrecho pasadizo abierto en el espesor del muro. Tres peldaños de piedra rosa conducen al dormitorio. Una sola ventana lo ilumina; exactamente, es una puerta ventana de pequeño tamaño que da al valle por encima de un sistema de matacanes medio arruinado. Desde aquí, se percibe el campamento de Collonges, el de Meyssac, toda la línea boscosa de la estribación del Macizo y, los días claros, los montes del Cantal. Al otro lado, un alto lecho renacimiento, de paneles recargados, casi cuadrado. A la izquierda de la puerta, un arcón gótico; a la derecha, un reclinatorio, bajo una espada cuya empuñadura y guarda forman cruz.

—Ésta es tu celda —dijo Jérôme—. Baptiste te traerá una mesa y una silla.

Simon deja su bolsa de viaje y una gran cartera de piel negra.

—¿Qué acarreas ahí dentro?

—Papel, notas, dos o tres libros y, sobre todo, mis cuadernos de Alemania. Creo que ya es hora de abrirlos. Hace mucho tiempo que les estoy dando vueltas, sin saber por dónde empezar.